

EL ATRIO DE SAN JACINTO

Y dijera: me engaño, ya estuve aquí y di con nada nuevo,
con lo mismo, un cielo abierto que posterga la revelación;
y supiera, es una nuez encarcelada la cabeza,
casi impermeable y qué difícil se nos va a poner si no se abre;
y debe haber un vidrio roto en todo esto:
uno ve, corre pero, aunque la machaque, no alcanza
a tocar tanta bondad y tan lejana.

Suplanta la ternura, haz que viren
en el aire, —y míralas— las borlas
que va colgando Dios en el vacío:
nubes de blanco y fofo sobre azul,
con el tachón de un fresno y una buganvilia,
cargados contra el muro de la nave.

Todo en el atrio es ignorarte,
suplirte con la vida más perfecta,
de suyo ingrata: plantas, tierra, aire
y la bóveda enorme que lo cubre.

Mira la vida y hiérela, sacúdele
la rama al fresno, tírale unas cuantas hojas,
deshójjale un manojo, arrójjalo a las piedras;
mira la basura de lo creado, no lo hechizo,
cómo salpica el verde en las baldosas,
ese rojo imposible sobre el lodo
o esparce el polvo en los haces de luz,
genera maravillas diminutas

y todo juega al embalaje caprichoso de lo vivo.
Y dijera colores: bronce de campana, verde seco
de hoja seca, verde firme aún, ceniza
del cielo y cieno negro o limo en breves trechos;
imposible buganvilia esparcida por el atrio y en las piedras
y lloviera algo dorado y se mancharan
las paredes y brillaran y el milagro.